Es un hecho incuestionable que la felicitación navideña está mucho más extendida que la felicitación de la Pascua de Resurrección. Todo el mundo se felicita las Navidades, aunque muchos no sean capaces de dar razón de lo que esas palabras expresan. Por el contrario, son muy pocos los que felicitan la Pascua, aunque, posiblemente, lo hagan con mayor consciencia.

Y en referencia a la celebración popular de la Semana Santa, también cabe constatar la desproporción existente entre la representación de los misterios de la Pasión y los de la Resurrección. Los pasos del Cristo sufriente, superan con creces a los que representan a Cristo glorioso. En definitiva, todavía nos falta mucho camino hasta llegar a descubrir la centralidad de la fe en la Resurrección, representada en la luz del Cirio encendido, en la Vigilia Pascual.

La Historia de la Salvación es una historia de luz. Dios es la Luz, mientras que la impotencia y el sufrimiento humano se describen en la Biblia bajo la imagen de la tiniebla, hasta el punto de que el camino hacia nuestra plena felicidad se simboliza en el paso de la noche al día, de la oscuridad a la luz: “Trocaré delante de ellos la tiniebla en luz” (Is 42,16). Pues bien, ¡son cuatro las noches que, por la misericordia de Dios Padre, han iluminado nuestra existencia! Las describimos brevemente:

La Noche de la Creación: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios: «Que exista la luz», y la luz existió” (Gn 1,1-3).

La primera luz que el mundo ha recibido -y cada uno de nosotros en particular- ha sido la de nuestra existencia. ¿Por qué “el ser” y no “la nada”? Lo lógico hubiese sido la “oscuridad” de la nada. El texto bíblico afirma: “Vio Dios que la luz era buena y la separó de las tinieblas” (Gn 1, 4). En esas breves palabras se nos recuerda la inmensa misericordia que Dios ha derramado sobre nosotros, al crearnos: ¡¡Somos!! ¡¡Existimos!! ¡Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios! La verdad, la belleza y la bondad de la creación son un reflejo de la suma Verdad, Belleza y Bondad divinas. Nuestra existencia no es consecuencia del azar o de un ciego destino, sino que es fruto de la libre decisión de un Dios, Padre, que

crea solamente por amor. ¡Nuestra existencia es un destello de la infinita luz de Dios!

La Nochebuena: Pero... el pecado hizo que el hombre rompiese su amistad con Dios. El Cielo se convierte para nosotros en algo inalcanzable y arcano. El hombre intenta conocer a Dios y relacionarse con Él, sin conseguirlo, ya que la religiosidad natural es incapaz de acceder a la intimidad de Dios.

La búsqueda de Dios, por parte del hombre, es ardua y estéril: una durísima noche. Pero, “el pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz. A los que vivían en tierra de sombras, una luz les brilló” (Is 9, 2). La Revelación de Dios, que culmina con la Encarnación de Dios entre nosotros, se hace luz en la noche de nuestra búsqueda impotente.

El hecho de que la Nochebuena se celebre en el solsticio de invierno, es decir, en la noche más larga del año, encierra un simbolismo muy pedagógico: la llegada de Cristo da un vuelco a la historia, de forma que la luz comienza a ganarle terreno a la oscuridad de la noche.

La Noche Pascual: La noche de la Pascua fue para el pueblo judío el momento cumbre de su liberación. Aquella salida de Egipto, así como el paso del Mar Rojo camino de la Tierra Prometida, no eran sino imagen de la plena liberación que Cristo nos obtuvo por su muerte redentora.

Antes de la victoria pascual de Cristo, el hombre vivía condenado a la oscuridad del pecado y de la muerte, dos enemigos imbatibles que nos eclipsaban la luz de Dios. El plan divino de redención del mundo asumió nuestra noche, para transformarla en luz. Cristo “se hizo pecado” (2 Cor 5, 21), y padeció bajo el poder de la muerte, para vencer al enemigo en su propio terreno. La Resurrección de Cristo transformó la noche en día; la gracia vence al pecado y la vida derrota a la muerte. Así lo rezamos en el Pregón de la Vigilia Pascual:“Ésta es la noche en que la columna de fuego esclareció las tinieblas del pecado... Ésta es la noche de la que estaba escrito: «Será la noche clara como el día, la noche iluminada por mi gozo»”.

La Noche de la Purificación: Pero todavía faltaba algo para culminar la Historia de la Salvación. Nos referimos a la necesidad de que cada uno de nosotros haga suyo –se apropie de él- ese tesoro de gracia. No basta con el anuncio de que la luz de Cristo vence a la tiniebla, sino que es necesario que ese acontecimiento tenga lugar en cada uno de nosotros, es decir, que lo personalicemos en nuestro interior.

San Juan de la Cruz describió ese proceso de purificación ascética y mística como la “noche oscura del sentido” y la “noche oscura del espíritu”. Es un proceso doloroso y gozoso al mismo tiempo, en el que el paso por la oscuridad es necesario para que se haga luz en el alma. Tras la muerte, el misterio del Purgatorio completa nuestra purificación, cuando no la hemos practicado suficientemente en

nuestra etapa de peregrinos. Sólo de esta forma, veremos cumplida nuestra vocación a ser Hijos de la Luz: “Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor” (Ef 5, 8).

La reflexión que hoy hacemos sobre estas cuatro noches, nos llena de esperanza ante las situaciones de oscuridad o soledad, que podamos atravesar a lo largo de nuestra vida. ¡Cristo ha resucitado! y, en consecuencia, tenemos sobradas razones para la confianza y la alegría. ¡Feliz Pascua de Resurrección!

Monseñor Munilla

Facebook

Twitter

* Para mayor información, visita nuestra Sección de Virtudes y Valores

* Comparte con nosotros tu opinión y participa en nuestros foros de discusión de Catholic.net